

HOMENAJE A DON JOSE DE LA RIVA AGUERO EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

(Sesión Pública del 23 de Abril de 1985)

DISCURSO DEL ACADEMICO DON AURELIO MIRO QUESADA

La Academia Peruana de la Lengua celebra hoy esta sesión pública en el Día oficial del Idioma y la dedica a rendir un homenaje a uno de nuestros hombres de letras más representativos en la primera mitad del siglo XX: José de la Riva-Agüero y Osma, en el año en que se cumple el centenario de su nacimiento. No podía haber mayor correspondencia entre el hombre y la fecha. Un 23 de abril, horas más horas menos, dejaron este mundo para ascender al mundo de la gloria Miguel de Cervantes Saavedra, el nombre más insigne de las letras en lengua castellana, y el Inca Garcilaso de la Vega, el más preclaro símbolo de la cultura del Perú. Bien viene hoy por eso esta conmemoración de Riva-Agüero, que fue un alto maestro del idioma; que revivió e ilustró nuestra Academia, de la que fue Director por diez años hasta su muerte en 1944; que analizó con profundidad la obra de Cervantes y el eco cervantino en personas y temas del Perú; y que reivindicó con razón y emoción el valor de los *Comentarios Reales* del egregio mestizo cuzqueño. Me complace muchísimo que se me haya encargado hablar en este día, lo que me permite además reiterar mi homenaje personal al maestro con quien dialogué muy a menudo y que ha quedado definitivamente incorporado no sólo a mi admiración sino a mi afecto.

Riva-Agüero en la Academia

La vinculación de Riva-Agüero con la Academia Peruana de la Lengua se inició en 1916 cuando el ilustre don Ricardo Palma se decidió a reanimar nuestra corporación después de un receso de muchos años. Palma, estimulado por la docta casa matriz, de Madrid, sabía que iba a ser sólo un árbol tutelar y por ello, para realizar la labor efectiva, propuso como académicos a los más brillantes jóvenes de la generación del 900. Fue un acierto que no pudieron contrarrestar ni las pequeñas e inevitables discrepancias locales, que nos desazonan a través de los años. No cometeré la indiscreción de revelar algunas cartas que he tenido en mis manos, que llegaron hasta el Director de la Real Academia —que lo era entonces don Antonio Maura— y hasta el insigne don Ramón Menéndez Pidal, quien poco antes había estado entre nosotros y aquí recogió viejos romances. Ricardo Palma se enfadó por ciertas alusiones y las replicó con tal sarcasmo que se prefirió suprimir algún párrafo cuando se publicó su *Epistolario* en 1957.

Y sin embargo de esas escaramuzas literarias, quien no encontró objeción alguna, sino sumó todos los elogios, fue José de la Riva-Agüero. La acogida fue unánime, porque ya gozaba de un prestigio indiscutible. En comunicación a Emilio Cotarelo, Secretario de la Real Academia, Palma no sólo lo alabó como “la intelectualidad peruana más notable del presente” sino, a pesar de su juventud, vaticinó que “por su prestigio literario y condiciones personales es el llamado a organizar la nueva Academia Peruana”, como efectivamente iba a ocurrir años después.

La literatura del Perú independiente

La reputación, además, era evidente porque desde 1904, cuando contaba apenas 19 años de edad, Riva-Agüero

había asombrado al claustro de San Marcos con su tesis de Bachiller en Letras sobre el *Carácter de la literatura del Perú independiente*. No se había intentado antes entre nosotros una historia de la literatura sistemática, con jerarquía de valores, con interpretaciones y no sólo descripciones someras, y con la valentía de encarar no una época lejana sino hasta la contemporánea del autor, con todos los riesgos y las dificultades consiguientes. Había desde luego muchos estudios monográficos, principalmente de la época colonial, publicados aquí y en otras partes, pero del período republicano sólo se podía contar con el estudio precursor de don Marcelino Menéndez y Pelayo, esfuerzo portentoso con ocasión del IV centenario del Descubrimiento de América, que abarcó todas las repúblicas hispanoamericanas y que en el caso del Perú alcanzó hasta 1880 o 1890. Los demás no eran sino datos biográficos, a veces reseñas periodísticas o breves noticias en las *Liras* o *Parnasos* de entonces, en lo referente a los poetas; y sólo ocasionales estudios mayores, como el de Felipe Pardo y Aliaga por su hijo el Presidente Manuel Pardo, por ejemplo. Riva-Aguero analizó todo el cuadro de nuestra literatura independiente y lo antecedió de unas páginas sobre la literatura virreinal, consideraciones en verdad ligeras que él mismo se encargó de corregir con hidalguía en un Apéndice mucho más comprensivo en torno a *La Cristiada* del dominico Padre Diego de Hojeda, que iba a serle materia de amplias investigaciones posteriores.

Las páginas más saltantes —aparte del estudio del costumbrismo de Felipe Pardo y el cotejo de su sátira clásica con el costumbrismo criollo y alegre de Segura, en el que han abrevado muchos críticos— fueron las dedicadas a las dos figuras más resonantes de fines del siglo XIX y comienzos del XX: el insigne y sin par tradicionalista Ricardo Palma y el vehemente polemista y renovador de las formas poéticas Manuel González Prada.

La simpatía de Riva-Aguero se vuelca íntegramente por

la obra de Palma, en quien encomia la originalidad de creación, la habilidad para enlazar en el estilo la lozanía verbal de Cervantes y Quevedo con la ironía y el donaire limeños, la amenidad para contar, la destreza para lograr, entre burlas y veras, una reconstrucción a menudo zumbona pero al mismo tiempo cariñosa y amable del pasado. Riva-Agüero agrupa las tradiciones según la cronología de sus temas, observa como fuentes externas los escritores españoles de costumbres y las novelas históricas de Walter Scott con sus ecos románticos y aunque declara su predilección por las tradiciones que tienen como escenario el siglo XVIII, es quizá el primero en señalar que Palma no es un mero nostálgico de la Colonia sino —como él lo llama— un “liberal e hijo de la República”. El afecto por Palma, con el comentario elogioso de su obra, fue indeclinable en Riva-Agüero, quien lo consideró siempre, más que como una gran figura literaria, como uno de los símbolos intelectuales de la nacionalidad.

En cambio, ante González Prada su reacción es diferente. Si alaba sus innovaciones en el verso en *Minúsculas* y la brillante limpidez de su prosa, no le podían gustar de ningún modo —por más esfuerzos de amplia comprensión que mostrase— el tono arrebatado de sus *Páginas libres*, la visión negativa de la vida peruana, la inclinación retórica a la diatriba y el vejamen y aun el golpe constante de metáforas, sin duda a menudo deslumbrantes, pero también muchas veces amargas. Nada más alejado de la afirmación patriótica constante y del modelo clásico del estilo de Riva-Agüero.

La historia en el Perú

De 1910 es su otro magnífico trabajo universitario: la tesis sobre *La Historia en el Perú*, para optar el grado de Doctor en la Facultad de Letras de San Marcos. Como el

mismo título indica, no era la presentación de la historia peruana sino el examen crítico —nunca intentado de manera orgánica hasta entonces— de los historiadores del Perú. Con esa tesis notable, Riva-Agüero define su vocación de historiador que iba a ser la razón esencial de toda su obra, renueva totalmente los estudios históricos peruanos con el cotejo, la interpretación y el manejo previo de las fuentes y nos da una visión integradora de la identidad espiritual del Perú. No se trata de una investigación de manuscritos —aun cuando él tuviera acceso a los repositorios más selectos, inclusive su archivo familiar—, sino un recorrido en profundidad de las fuentes impresas para extraer de ellas sus rasgos esenciales y darnos al mismo tiempo el retrato moral del autor a través del retrato del Perú. En ese libro de los 25 años está ya todo Riva-Agüero: el rigor de la información, la erudición inmensa, la madurez y la variedad de las lecturas, la capacidad para interpretar y esclarecer, la perspicacia crítica verdaderamente adivinatoria en muchos casos; y junto a ello la fluidez de la prosa, el estilo opulento y musical, la adjetivación exacta; y más al fondo, la afirmación de los valores éticos, la caudalosa emoción de la patria.

En esa historia de la historiografía recorre y analiza todas las etapas del Perú. A través del Padre Blas Valera y sobre todo del Inca Garcilaso, con el preciso examen crítico de los *Comentarios Reales*, nos presenta por primera vez su admirativa visión del Incario. A través de los cronistas de convento (agustinos, franciscanos, dominicos), del barroquismo de Peralta Barnuevo en las octavas de su *Lima fundada* y de la cuidada y meritísima investigación del General Manuel de Mendiburu en su *Diccionario histórico-biográfico*, nos da claros apuntes sobre la historia colonial. Y a través de la *Historia del Perú independiente* y de las publicaciones posteriores de Mariano Felipe Paz-Soldán, ofrece rotundas opiniones y comentarios francos

sobre las grandezas y miserias de nuestra vida republicana. Aunque no lo reconozcan quienes hoy critican a Riva-Agüero sin leerlo, la parte más extensa de su tesis es la de la interpretación del robusto Imperio de los Incas; la menor la dedicada al Virreinato; y en cuanto a la República, las páginas más reveladoras son las de comentario al empeño frustrado de la Confederación Perú-boliviana, en la que Riva-Agüero creyó siempre encontrar una restauración del ideal "pan-peruano".

Los "Paisajes peruanos"

Dos años después, en 1912, Riva-Agüero completó su visión con el viaje que realizó a Bolivia y a la sierra sur y central del Perú. Viaje sumamente azaroso y difícil entonces, a lomo de mula, sin carreteras, sin mesones, sin comunicación con el mundo por días y días. Como los cronistas del siglo XVI, como los ilustrados viajeros del XVIII o las fatigas y desvelos de un hombre de ciencia como Raimondi en el XIX, por primera vez un escritor del siglo XX, por propia y espontánea voluntad, recorrió el Perú andino para conocer su cuerpo físico, como ya había seguido su vida espiritual a través de la historia.

El resultado fue un hermoso libro, aparecido en su totalidad póstumamente en 1955 con el nombre de *Paisajes peruanos*, que es una de las cumbres de la propia literatura del Perú en todos los tiempos y una de las más altas pruebas del peruanismo integrador de Riva-Agüero. Publicado fragmentariamente por capítulos, una vez en *La Crónica* y sucesivamente, a partir de 1926, en la revista *Mercurio Peruano*, Riva-Agüero lo tuvo guardado varios años, pero sin duda no por desdeñarlo sino porque en cada cuadro surgían del fondo del paisaje una nueva meditación y una nueva enseñanza. Desde su emocionada salida del Cuzco, en una mañana que "era alegre y brillante, de aporcelanada

limpidez”, el autor siguió en su itinerario por la llanura de Anta, donde lo impresionaron los recuerdos incaicos de Pachacútec y las “pururarucas” y las reminiscencias españolas de Gonzalo Pizarro y Francisco de Carvajal; cruzó el río Apurímac, de curso arrebatado y retumbante, por un puente inseguro; describió la extraña piedra de Sayhuite o Concacha; pasó a Andahuaylas, con su plaza alegrada por la policromía de trajes y de “llicllas”; vio las ruinas de Vilcas, restos dramáticos “de un gran naufragio histórico”; revivió en el llano de Chupa, con ecos de viejas coplas, la batalla de Vaca de Castro y el desventurado Almagro el Mozo; y después de una hermosa y colorista descripción de Huamanga, entonces abatida y en los últimos tiempos trágicamente desgarrada, cinceló en su páginas sobre el campo de batalla de Quinua un alegato patriótico, gallardo, sobre el momento de la Independencia y el descaecimiento de los años republicanos. Es una conjunción luminosa y exacta de reconstrucción histórica, retrato geográfico, juego de anécdotas, interpretaciones sociológicas, meditación patriótica y en todo instante notas de luz y de color, adjetivos cabales, rasgos poéticos de emoción y ternura. Los *Paisajes* terminan con la salida de Ayacucho, la visión apacible de las riberas del Mantaro, el aura religiosa del convento de Ocopa y unas reveladoras “Impresiones finales”, que aunque quedaron truncas culminan este bello libro, sin duda uno de los más valiosos descubrimientos espirituales del Perú.

El Inca Garcilaso

Como lo he dicho alguna vez, aunque parezca extraño, fue este viaje a la sierra y no sus años juveniles limeños lo que avivó el hispanismo esencial de Riva-Agüero. En sus primeros libros, dentro del tono general de la época, había criticado fuertemente la explotación colonial, la supersti-

ción y el fanatismo, aun la presunta frivolidad de Lima. Pero su recorrido por los Andes le puso de relieve el otro lado de la obra de España, la afirmación de los valores culturales, religiosos, artísticos, que no son huellas transitorias sino que forman parte del patrimonio de nuestra nacionalidad. Junto al legado imperial de los Incas sintió el legado imperial del Virreinato, en contraste con el desmedro de los años republicanos. Equilibrador y afirmativo, este ilustre limeño que cabalgaba con su equipaje de libros por los Andes reforzó así su visión totalizadora del Perú y su concepción de una patria indo-hispánica. Como en su contemporáneo y amigo dilecto Víctor Andrés Belaunde, en ese reconocimiento del hispanismo estaba también implícita la convicción religiosa, mucho tiempo antes de lo que llamó con frase humilde —y que a nosotros nos suena a hipérbole— su “reconversión a la fe y abjuración de errores”. Para Riva-Agüero el legado católico es una de las notas fundamentales de la peruanidad, uno de nuestros pocos lazos de unión sin discrepancias, que por eso debemos mantener cada vez más seguro e intocable.

Esa concepción integral del Perú la concentró como en un símbolo en la figura del egregio mestizo Inca Garcilaso de la Vega. Ya en su juvenil tesis doctoral había hecho un análisis pormenorizado de la obra del Inca y la había comparado con ventaja, por la reconstrucción del Imperio perdido y la admirable limpidez del estilo, con las interpretaciones y noticias de los cronistas del siglo XVI. En polémica célebre con Manuel González de la Rosa había defendido al historiador cuzqueño de la crítica injusta e infundada que había pretendido desmerecer los *Comentarios Reales* como un supuesto plagio de los papeles rotos de otro ilustre mestizo: el chachapoyano Blas Valera. Pero la ocasión del tercer centenario de la muerte del Inca Garcilaso y la actuación solemne que organizó en su honor la Universidad Mayor de San Marcos, sirvieron a Riva-Agüero

para pronunciar el elogio más cabal hasta entonces del Inca historiador. Con la madurez estelar de su estilo, con un rigor documental extraordinario, con encendida percepción de las esencias patrias, Riva-Agüero reivindicó los valores ejemplares del Inca —reconstrucción de historiador y emoción de poeta— y lo proclamó nuestro primer escritor clásico, “que con soberbio ademán abrió las puertas de nuestra particular literatura y fue el precursor magnífico de nuestra verdadera nacionalidad”.

Como garcilasista también de muchos años, me complazco en rendir tributo a la maestría de Riva-Agüero, cuyos pasos hemos seguido muchos y cuyo amoroso y admirable trabajo ha sido sin duda ampliado a la luz de nuevos documentos y de nuevos conceptos, pero sin alterarlo ni rectificarlo en lo esencial.

Exilio y retorno

Los acontecimientos políticos de esos años, con la ruptura del orden constitucional y el ocaso de lo que Jorge Basadre ha llamado con acierto la “República aristocrática”, determinaron un nuevo viaje a Europa —ya había estado allá diez años— y el exilio que a sí mismo se impuso Riva-Agüero. No lo dedicó a vanas nostalgias ni a devaneos frívolos, sino puso su talento y su holgura económica al servicio de la cultura, a reforzar su extraordinaria formación humanística y a profundizar su conocimiento de los valores espirituales del Perú. Como nuestros grandes emigrados, forzados o voluntarios, desde Garcilaso a Olavide o Vallejo, ensanchó su horizonte con una dimensión universal. Sorprendía a muchos europeos ver y escuchar a este peruano que recordaba puntualmente las luchas intestinas de la Edad Media y sabía precisar los destellos del Renacimiento y del barroco, que saludaba en latín a los Cardenales y enmendaba a veces la plana a los académicos, que con su

conocimiento portentoso discurría por las calles y los archivos de Sevilla o los palacios y las ruinas de Roma con una familiaridad con los datos históricos y una exactitud en nombres y entronques que se les escapaba a ellos mismos.

Su atención principal, sin embargo, estaba cifrada en el Perú. De esos años son la primera parte de *El Perú histórico y artístico*, con su amoroso encomio del alma quechua y de la poesía lírica de los Incas (la segunda parte estudia la influencia y la descendencia de los montañeses en el Perú), su trabajo polémico sobre *La raza y el lenguaje de la civilización de Tiahuanaco*, el muy erudito ensayo sobre *Los precursores de Colón* y la notabilísima reconstrucción del Perú de 1549 a 1564 como prólogo a la obra de Roberto Levillier *La correspondencia de la Audiencia de Lima*. Honrosa continuación de sus anteriores trabajos en Congresos europeos, como el dedicado al mercader de libros y poeta Diego Mexía de Fernangil, o su presentación de la entonces desconocida *Descripción general del Reyno del Pirú* del antes llamado "judío anónimo portugués", que Lohmann ha identificado como Pedro de León Portocarrero.

De regreso en la patria en 1930, lo absorbió por un tiempo la política, más que como una decisión personal como un reclamo de sus muchos amigos, y así fue Alcalde de Lima y luego Ministro de Instrucción, Justicia y Culto, y Presidente del Consejo de Ministros durante el gobierno del General Benavides, y en otro campo Decano del Colegio de Abogados. Pero por encima de esos cargos externos, para nuestra corporación fue la época radiante en la que Riva-Agüero, elegido Director de la Academia Peruana de la Lengua en 1934, se dedicó a restaurar la institución, a darle nuevo brillo y a mantener sus viejas formas y sobre todo a incorporarla en la vida de Lima, de la que había estado como marginada en muchos años. En los salones de su casa de Lártiga, que por entonces empezó a restaurar, o en el rancho pompeyano de Chorrillos, se reunía una culta tertulia;

y para ocupar los sillones metafóricos que se hallaban vacantes escogió como nuevos académicos a Manuel Vicente Villarán y a Clemente Palma (que reemplazaron a sus padres Luis Felipe Villarán y Ricardo Palma), al novelista Enrique López Albújar, al poeta finísimo José María Eguren, al historiador Padre Rubén Vargas Ugarte, a los humanistas Honorio Delgado y Mariano Iberico y a los más jóvenes Raúl Porras, Jorge Basadre, José Jiménez Borja, Guillermo Hoyos Osores.

Discursos académicos

Su primer gran discurso, en las ceremonias públicas que restableció, fue un homenaje a Miguel de Cervantes en el Día del Idioma, el 23 de abril de 1934. Su propósito era aprovechar la conmemoración oficial de ese día para estudiar una por una las obras de Cervantes e investigar con criterio peruano los temas y personajes del Perú que se reflejaran, en una u otra forma, en sus novelas, en su poesía o en su teatro. Así ocurrió con el discurso de 1935 sobre *La Galatea*, en que a la par de una detenida información sobre las novelas pastoriles, hizo un diestro recuento de los poetas peruleros alabados en el Canto de Calfope y posteriormente en los tercetos del *Viaje del Parsano*. No se trataba solamente de un ameno ejercicio de erudito, sino una afirmación de nuestra nacionalidad y nuestra cultura. A sólo cincuenta años del descubrimiento del Perú por España, ya había entre nosotros una entusiasta floración de escritores, sin duda no a la altura de los generosos elogios de Cervantes, pero que formaban un mapa poético en el que se reunían peninsulares y criollos y aparecían, junto a Lima, Arequipa, Huamanga, Huancavelica, Huánuco, Ica (con Alonso de Estrada puedo añadir Moquegua), con la circunstancia especialísima de que Cervantes conocía sus nombres cuando ninguno de ellos podía tener noticia de

quien iba a ser el autor del *Quijote*, que aún no había publicado libro alguno.

De parejo interés fue el magistral discurso que, en nombre de la Academia Peruana de la Lengua, pronunció Riva-Agüero en ese mismo año de 1935, con ocasión del tercer centenario de la muerte del otro representante insigne de la literatura española de la Edad de Oro: Lope de Vega. Con su rigor documental de siempre, su pericia en los datos y su capacidad para discurrir entre problemas o personajes o paisajes de España, Riva-Agüero analizó con morosa delectación la vida despilfarrada y la obra genial y vastísima de Lope y aprovechó también una vez más para trazar fieles retratos de los amigos de Lope en el Perú. Por su discurso desfilaron el Virrey Marqués de Montesclaros, el Príncipe de Esquilache que Lope ensalzaba frente a Góngora, el dominico Diego de Hojeda que escribió su *Cristiada* en el Perú, el médico Matías de Porras; avanzó nuevas hipótesis sobre la misteriosa huanuqueña "Amarilis" y se complació en desentrañar alusiones a vocablos, trajes, costumbres, modismos, que sentimos peruanos pero que tenían vida en la España de entonces. Para delectación del auditorio, en el teatro del Fénix de los Ingenios aparecieron las tapadas, los antojos de las "niñas" (aunque tuvieran edad más que madura), los personajes que dicen "plata" por "dinero", o repiten "denantes", "pues", "cómo no", "cosa que", "calla la boca" y "anda vete", como en las comedias costumbristas de Pardo y de Segura.

Lima y la evocación

El cariño por Lima aflora en esas páginas, como en otros momentos más solemnes que Riva-Agüero dedicó a revivir e interpretar los años lejanos o cercanos de su ciudad natal. En el cuarto centenario de la fundación de Lima por Pizarro publicó un magistral estudio sobre "Lima espa-

ñola” y “Algunas reflexiones sobre la época española en el Perú”, con apreciaciones sagacísimas, refutaciones valerosas y claro sentido de discriminación de los diversos períodos de la historia. Sólo unos años antes, en 1932, al comentar el libro limeñísimo de Pedro Benvenuto *Quince plazuelas, una alameda y un callejón*, había evocado en *Añoranzas*, con emoción autobiográfica poco frecuente en él, iglesias y conventos, altares coruscantes y zaguanes severos, plazuelas rumorosas, patios con azulejos, balcones corridos y tallados con celosías, casas acogedoras, más que con salas ostentosas con patiecillos con macetas y jaulas de caña para los pájaros domésticos, y en lo alto las azoteas donde se abrían las ventanas teatinas y donde se escuchaba el repique de campanas “como himno jubiloso de mi ciudad nativa”.

Quienes no alcanzaron a conocerlo no supondrán nunca hasta qué punto era un placer recorrer con él las viejas calles, detenerse a escucharle una anécdota o rectificar una falsa leyenda, a esclarecer nombres y personas que él recordaba con una familiaridad impresionante (“mi tío Baquíjano”, y era Baquíjano y Carrillo, o su deudo lejano Nicolás de Ribera el Viejo, cuya capilla restauró en la Catedral y a quien consagró un notable estudio genealógico) y menos imaginarán que bajo su empaque señorial había una fina ironía de limeño, que retrataba con los verbos y castigaba con los adjetivos.

Riva-Agüero y el mestizaje

En esos mismos años, que fueron de intensa actividad intelectual en Riva-Agüero, y con el paréntesis de una vuelta al mundo que ensanchó su cultura, pronunció discursos de conmemoración o escribió ensayos sobre temas peruanos o figuras ilustres de la cultura universal. Por propia decisión, o por la explicable insistencia de amigos que muchas veces

lo distrajeron de escribir la obra orgánica y global sobre el Perú que todos hubiéramos deseado, disertó acerca de su siempre admirado Ricardo Palma, sobre Miguel Grau y Manuel Pardo, sobre Pedro de Peralta y Alexander von Humboldt, pronunció un caudaloso discurso sobre Goethe y escribió todo un libro de *Estudios de literatura francesa* de los siglos XVI y XVII, en que alabó a Ronsard y censuró al frío Malherbe. Su dominio de temas era amplísimo, pero en todo momento estuvo en él presente la sensibilidad esencial del Perú.

Fue precisamente por entonces, en 1937, cuando dictó en la Universidad Católica su curso sobre la *Civilización tradicional peruana*, reunido después en un volumen que culminó sus estudios de historia de la época prehispánica iniciados en la tesis doctoral de 1905. Fueron catorce lecciones medulares, en las que revisó sus propias anteriores opiniones, trazó un cuadro fundamental del Incario y lo comparó, como sólo él podía hacerlo por su extraordinaria cultura humanística, con la China milenaria y el Egipto faraónico, con los imperios mesopotámicos, babilonio y asirio y, con mayor proximidad, con las civilizaciones prehispánicas de Anáhuac, los mayas y los muiscas. Las consideraciones minuciosas sobre el Imperio Incaico terminan con un maduro elogio, no sólo de las realizaciones materiales, sino de las grandes virtudes morales de una "cultura señorial, patriarcal y depurada".

Es por lo tanto notoria injusticia y aun tendencioso y malévolo agravio presentar a Riva-Agüero, según se ha hecho a menudo, como un españolista o europeísta recalci-trante, de sensibilidad cerrada al mundo indígena. Pocos como él en cambio han resaltado tan fervorosamente la profundidad y la permanencia de nuestra raíz indígena, no sólo por una consideración de orden histórico sino porque, como él afirmó resueltamente: "la suerte del Perú es inseparable de la del indio; se hunde o se redime con él,

pero no le es dado abandonarlo sin suicidarse". Pocos como él tampoco —limeño y con cuatro siglos de alcornia— han exaltado de tal modo el valor del Cuzco, a quien llamó el corazón y el símbolo del Perú, "ciudad simbólica del peruanismo integral, que es el más hondo cimiento de nuestra patria y la viva entraña de nuestra nacionalidad".

A lo que sí estuvo cerrado definitivamente fue al exclusivismo indigenista, al que veía más que como un canto retórico y sentimental, como una manifestación muchas veces política, con intención negativa y demagógica contra los grandes valores que él sostenía con denuedo de la civilización occidental y cristiana. Porque hispanista raigal también, beligerante y convencido, consideraba que el Virreinato no es un período de historia extranjera, sino un pedazo incontrastable de nuestra propia vida. "La peruanidad consiste en el legítimo cruzamiento de lo español con lo indio", escribió en una rotunda afirmación de su concepción del mestizaje. "La adunación y armonía de las dos razas históricas, la española y la incaica —proclamó en otra parte—, es condición esencialísima de nuestra personalidad". "No hay raza de las que habitan el territorio ni hay época de los sucesos realizados en él —había escrito en 1910— que puedan considerarse ajenos a nuestra idea de patria, y cuyo olvido o desprecio no enflaquezca y menoscabe el sentimiento nacional". "Predicar odios y exclusivismos de raza en el Perú —declaró en el prólogo al libro de Horacio Urteaga *El Imperio Incaico*— es tarea extemporánea, insensata y criminal... frenesí de inconscientes y señuelo de logreros". "Los puros blancos, sin ninguna excepción —llegó a decir en otro lugar, incluyéndose a sí mismo— tenemos en el Perú una mentalidad de mestizaje, derivada del ambiente, de las tradiciones y de nuestra propia y reflexiva voluntad de asimilación".

En sus últimos años, por desgracia, los prejuicios políticos y las discrepancias ideológicas urdieron contra Riva-Agüero una triste maraña de incompreensión y de desvío. El gonfalonero liberal de la juventud, el exaltador de las glorias del Cuzco de los Incas, se convirtió ante los ojos de muchos en un caudillo, más que conservador, arcaizante. Le incomodaban además a algunos su señorío intelectual, la naturalidad que en estos tiempos resultaba anacrónica con que lucía en sus viajes por Europa su título nobiliario de Marqués de Montealegre de Aulestia y de Casa Dávila, su opulento manejo de un vocabulario esplendoroso, que asombraba con su riqueza a los que él llamaba "menesterosos del idioma". Es verdad que él mismo se encargó muchas veces de provocar las críticas por lo inflexible de sus convicciones, su contundencia para afirmar, su capacidad innata de bogar contra la corriente. Como dijo José Jiménez Borja, en una frase exacta que hasta hoy tiene vigencia, "todos estaban acostumbrados a la emotividad panfletaria de la izquierda, pero nadie a la gallarda reacción de la derecha".

A los cien años de su nacimiento, y alejado el combate, hay que dejar de lado lo circunstancial y lo accesorio. En la vida cultural del Perú hay que buscar en cambio la solidaridad esencial de los mejores, aunque se encuentren en campos distintos. Riva-Agüero es sin duda alguna uno de nuestros más grandes penates intelectuales; y si como aclaró y ensanchó nuestro pasado se puede discutir si se identificó con el presente o si percibió bien o mal el futuro, nadie podrá negarle la lealtad consigo mismo, el estudio constante, la entereza moral, la afirmación del valor del espíritu, la valentía frente al apocamiento, el compromiso sin desmayo —como en el título de sus libros de opúsculos— "por la verdad, la tradición y la patria".